Caja 488 Fº 10521

ADOLFO VERGARA, EDITOR

De la livianidad á el claustro

POEMA TRADICIONAL

DE

D. MARIANO TRIGUEROS

y Gonzalez.

BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL

CARMONA:—1895.

Imprenta de Bernabé Fernández,

Calle Martín López núm. 16.

DE LA LIVIANDAD Á EL CLAUSTRO.

ADOLFO VERGARA, EDITOR.

DE LA LIVIANDAD
Á EL CLAUSTRO.

POEMA TRADICIONAL
DE
DON MARIANO TRIGUEROS Y GONZALEZ.

CARMONA.—1895.
IMPRENTA DE BERNABÉ FERNÁNDEZ.
Martín López, número 16.

Es propiedad de su autor y queda hecho el depósito que marca la ley.

PRÓLOGO EDITORIAL.

REAL BIBLIOTECA DE LA HISTORIA

Supe, por casualidad, que el inspirado vate carmonense D. Mariano Trigueros y Gonzalez, tenia un poema inédito titulado DE LA LIVIANDAD Á EL CLAUSTRO.

Tambien llegué á saber que el referido poema habia sido encomiásticamente juzgado por los Excmos. señores Académicos D. Juan de Dios de la Rada y D. Victor Balaguer.

Por fin conseguí leerlo y justamente admirado del mérito que contiene, por sus variados y armoniosos versos, sus conmovedores pasajes, el interés creciente de su trama, su desenlace velado hasta el final de la obra y el conjunto de estéticas bellezas que lo constituyen, no descansé en mis gestiones hasta alcanzar la debida licencia para publicarlo, por que si bien el varonil carácter del señor Trigueros está en constante rebeldía con toda clase de imposiciones tirániças, en cambio resulta débil y complaciente con los fraternales ruegos de la amistad y del afecto.

Los pueblos no solamente son históricos por sus hazañas, sus monumentos, sus riquezas y sus héroes, sinó tambien por su literatura y por su ciencia. Y al decidirme á editar el espresado poema no me guia otro objetivo que el de darlo á conocer, con el fin de que no quedase en el olvido la última obra

poética del autor de El Empirismo y la Ciencia, *cuya producción dramática ha alcanzado el honor de figurar en los estensos índices del famoso* Museo Británico de Lóndres.

Mi empresa no será lucrativa pero si loable, por que los beneficios materiales que deje de obtener, espero verlos suplidos con los valiosos aplausos de todos los amantes del progreso literario moderno de la antigua y hospitalaria ciudad de donde afortunadamente soy vecino.

Carmona 23 de Mayo de 1895.

Adolfo Vergara.

De la liviandad á el claustro.

I.

La olvidadiza memoria
no ha podido averiguar
ni la fecha ni el lugar
donde comienza esta historia.

Mas la tradicion revela
que en triste noche, á deshora,
una muger grita y llora
y su esposo la consuela.

Y rara extrañeza escita,
cuando acaba el padecer,
ver reir á la muger
y que el marido la imita.

Vuelve la dolencia impía
y otra vez reina el terror;
desaparece el dolor
y torna á haber alegría.

Y es que de aquellos dolores
piensan obtener ansiosos,
los consternados esposos;
el fruto de sus amores:
que Dios benigno ha dotado
de fuerzas al débil ser,
para que pueda romper
la cárcel que amor le ha dado.
La oscuridad amedrenta
que la atmósfera invadió,
y horrible se desató
una furiosa tormenta.
Ruge el trueno: silva el viento;
agua torrencial caía,
y parece que se hundía
el eternal firmamento.
Penetra por los resquicios
relámpago luminoso,
se acobarda el animoso
y oscilan los edificios.
De los cónyuges el alma,
voluble, prosigue en tanto
rindiendo al dolor quebranto
y alegre gozo á la calma.
El flamígero fulgor
del relámpago se aumenta
y redobla la tormenta
el estridente fragor.
Y al par que puertas y rejas
el vendaval azotaba,
la mugér acrecentaba
de su dolencia las quejas.
Después, la estancia tembló;
de pálida luz se llenó,

horrendo trueno resuena
y á gas sulfuroso olió.
Con voz que espanto rebosa
óyese grito profundo
y el aire vital del mundo
respira una niña hermosa.

. . . . . .

En toda la vecindad
produce la exalacion
zozobrante confusion
y estrema curiosidad.
Dando el terror al olvido,
todos á correr se entregan,
y al fin á la estancia llegan
donde el rayo ha descendido.
Y ven con ojos inciertos
y el ánima dolorida,
viva la reciennacida
y el padre y la madre muertos.
Unos con dulce caricia
socorren al ser viviente
y otros, con afan doliente,
avisan á la justicia.
Y no fué llamada en valde,
que se presenta al momento,
con grande acompañamiento,
de casa y corte el Alcalde.
Un doctor en medicina
que venia en el cortejo,
del Alcalde por consejo
á los muertos examina.
Y después de grave pausa
dijo: asunto concluido,

la chispa eléctrica ha sido
de este infortunio la causa.

Del sabio los precedentes
el escribano anotó,
y hay quien dice que sintió
que no hubiera delincuentes.

Los esbirros con premura
los cadáveres retiran
y entonces todos admiran
de la niña la hermosura.

Rubia, que ni hecha á pincel,
parece su perfección
angel de la inspiración
del divino Rafael.

Mucho el Alcalde escudriña
y no puede adivinar
el destino que ha de dar
á tan hechicera niña.

Y en su confusion sin tasa
oyó con suma alegria
á una mujer que decia:
«yó me la llevo á mi casa.»

Después á la autoridad
su resolucion prefija
y añade: adopto por hija
la hija de la horfandad.

Acepta el prohijamiento
el alcalde enternecido:
mas reclama del marido
el legál consentimiento.

El esposo lo otorgó
y el Notario diligente,
en el formado espediente,

lo ocurrido consignó.
Todos el acto comentan,
con jubiloso semblante,
y adoptáda y adoptántes
con la justicia se ausentan.
Y al bajar por la escalera,
entre la grey bulliciosa,
es fáma que maliciosa
dijó una vieja agorera.
Para la niña presiento,
precaria y menguada suerte,
que de los padres la muerte
vino con su nacimiento.

II.

Ya en brazos de una nodriza
la niña alegre se encuentra,
con el cútis perfumado
y aderezada y compuesta,
regalando su garganta
el dulce y sabroso néctar,
cuyo jugo desarrolla
el albór de la existencia.

Ya los padres adoptivos
embelesados contemplan,
la ventura que el acaso
benignamente les presta,
en sustitucion del fruto
que sin esperanza esperan,
al ver que su larga union
estéril se manifiesta
y ni síntoma ni indicio
de fecundidad revela.

Ya la candorosa infanta,
alimentada y contenta,
por secreto misterioso
de sábia naturaleza,

parece que con sonrisas,
angelicales y tiernas,
su júbilo patentiza
y su gratitud demuestra.
Y ya el pueblo impresionable
del suceso no se acuerda,
dando término á las glosas
y acabando las reyertas,
sobre pequeños detalles
de la pasada tragedia;
que por ocultos designios
en la deleznable tierra
los extraños infortunios
y las desdichas agenas,
impresionan si se vén
y se olvidan con la ausencia.
Pasadas las sensaciones
é inesperadas sorpresas,
en bautizar á la niña
los castos esposos piensan;
y después de discutir
sobre la cristiana fiesta
y de hablar con el prior
y el sacristan de la iglesia,
y de hacer preparativos
y de arreglar las viviendas
y de ver al organista
y de convidar en regla,
por fin los preliminares
del sacramento conciertan.
En cuanto al nombre, de acuerdo
ámbos esposos se encuentran,
porque siendo el triste dia
de San Isidro la fecha

en que el rayo destructor
arrojára la tormenta
que muerte le dió á los padres
dejando á la niña ilesa,
Isidra debe llamarse,
segun la costumbre ordena.
Con repique de campanas
el bautismo se celebra
y hubo dulces y licores
y bailes y panderetas,
brindando los convidados,
al compás de las vihuelas,
por los dignos bienhechores,
por su laudable nobleza,
por la salud de la niña,
Isidra Lanzon y Uceda,
y por cuantos atributos
hay brindábles en la tierra.
Mas como todo se acaba
tambien terminó la fiesta,
y aun cuando á la bautizada,
Isidra llama la Iglesia,
por la niña del milagro
tenemos que conocerla,
que á un milagro portentoso
es debida su existencia;
y el vulgo investigador
siempre el apódo cimenta,
ó en un histórico origen,
ó una tradicion secreta,
ó en hábitos familiares,
ó en personales flaquezas.

III.

A medida que crecia
la angelical criatura,
á todos les parecia
que aumento tambien tenia
su peregrina hermosura.
Vémos si está dolorida
á los esposos llorar
y con el alma aflijida
mandan venir en seguida
los Galenos del lugar.
Y por no causarla enojos
se la otorga, sin disgusto,
lo que anhelan sus antojos
y lo que indican sus ojos
y lo que quiere su gusto.
En rigor, no hay precedente
que servir de ejemplo pueda
á la infancia sonriente
y venturosa y placiente
de Isidra Lanzon y Uceda.
Ni sus padres naturales
hubieran sido propicios

á pueriles ideales,
que á veces producen males
á costa de sacrificios.

Reina de la complacencia
la alcanza la pubertad
y luego la adolescencia,
sin que importuna exigencia
se oponga á su voluntad.

Pero tan precoz se exhibe
que es profesora en leer
y cose, borda y escribe,
la aritmética describe
y pasma con su saber.

Al hablar es elocuente,
de su ingenio envidia dá
y encanta lo facilmente
que hace versos de repente
en las fiestas donde vá.

De escuela en el pueblo habi
un maestro, que por diestro
y por hábil se tenia;
pero que nadie sabia
la historia del tal maestro.

Era un tipo extraordinário,
imposible de apreciar,
por lo raro y por lo vário,
entre culto y ordinario
y entre ilustrado y vulgar.

Filósofo sin fijeza
y ateo, como no hay dos,
hablaba con entereza
mucho de naturaleza
y poco ó nada de Dios.

Refieren que aprisionado
entre argelinos vivió,
largo tiempo renegado,
y cuando fué rescatado
á nuestra Iglesia volvió.

Tal es de Isidra Lanzon
el preceptor que buscaron
y á quien, con recta intencion,
su infantil educacion
los esposos entregaron.

El profesor inclemente,
por arte ó inesperiencia,
de la jóven inocente
seca el corazon creyente
y ensancha su inteligencia.

Materialista grosero
y reformador impuro,
le enseñaba majadero
teorías de Lutero
y principios de Epicuro.

Y no hay célebre pasion
ni existe erótica historia,
ni amorosa tradicion
que Isidra con ilusion
no conserve en su memoria.

Pero no imita á Julieta
ni á la amante de Teruel,
que se complace indiscreta
en ser con todos coqueta
y ser con todos cruel.

Un novio vá y otro viene
que endulza y reparte cuitas,
segun á su fin conviene,

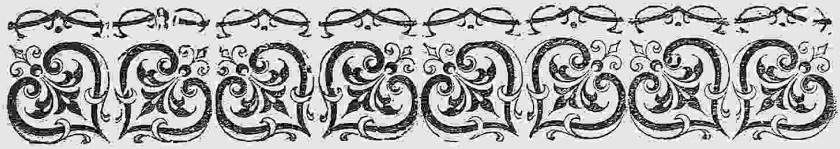
y para el conjunto tiene
ojos, sonrisas y citas.
Y ya se ven censurar
sus amorosas jornadas,
que muy cerca de su hogar
ha habido que deplorar
reyertas y cuchilladas.
De los padres los consejos
no doblegan su actitud,
que sus caprichos añejos
menosprecian á los viejos
con rebelde ingratitud.
Cansada de las razones
que atajan su indiscrecion,
estrema sus ambiciones
con audaces pretensiones
de criminal evasion.
Como dueña, á la cadena
une de su loca vida,
cierta Rosaura, no buena,
especie de Magdalena
que aun no estaba arrepentida.
Y de San Isidro un dia
roba con modos altivos
el oro y la pedreria,
abandonando la impia
á sus padres adoptivos.

. . . . . .

A Valencia se encamina
con el preceptor inmundo
y la Rosaura ladina,
á espensas de la ruina
y del pesar más profundo.

La misma vieja agorera,
al saber que el calendario
á San Isidro venera,
muy funesto considera
de Isidra el aniversario.

Y repite, con voz fuerte,
el propio presentimiento
de que tendrá mala suerte,
que de los padres la muerte
vino con su nacimiento.



IV.

El pueblo por rapto
la ausencia traduce,
y en todo produce
doliente impresion.
Se forman corrillos
en plazas y calles,
contándo detalles
de pura invencion.
Los pobres ancianos
el acto deploran
y gimen y lloran
con hondo estupor.
Mas dicen hidalgos,
con sabia prudencia,
que han dado licencia
al vil seductor.
Los doctos censuran
el crimen odioso
y el padre medroso
vigila su hogar.
Las viejas rezando
su pánico ahuyentan,

las niñas presentan
vergüenza y pesar.

El necio que es siempre
del noble la oruga,
aplaude la fuga
con loco furor.

Estúpido marca
el hecho de astuto,
rindiéndo tributo
al bravo raptor.

Ufanos, en tanto,
los tres caminantes
prosiguen triunfantes
la senda del mal.

Derrochan el oro
con grata alegría
y van do los guia
su estrella fatal.

. . . . . .

Tras próspero camino se instalaron
en la feráz é histórica Valencia
y un palacio magnífico alhajaron
donde el fausto resalta y la opulencia.

La hermosura de Isidra difundióse,
con la velocidad que lleva el viento
y pretendida y halagada vióse
por galanes que alcanzan valimiento.

Se entusiasman pecheros é infanzones
cuando luce en la calle su belleza
y las damas por puertas y balcones
se asoman á envidiar su gentileza,

Nadie sabe de joven tan divina
ni origen, ni blason, ni procedencia,

y el vulgo fascinado la imagina
de real y encumbráda descendencia.
Lo que no ofrece duda ni porfia
es que su porte raya en lo altanero,
que dá muchas limosnas cada dia
y que gasta á montones el dinero.
Mas aunque tiene siervos y litera
las damas su amistad no solicitan
y en cambio hidalgos de elevada esfera
mendigan su favor y la visitan.
En barca á sus espensas adquirida
unas veces el mar cruza y pasea.
y otras veces, con corte distinguida,
en las fértiles huertas se recrea.
De su lujosa y divertida casa
se cierran los salones con el dia
y su alegre existencia, Isidra, pasa
entre grato festin y larga orgia.
Y no piensa la ingrata y fementida,
en el ardor febril de su contento,
que los ancianos que la dieron vida
han muerto de dolor y sentimiento.
Tras la fiesta, los socios se entretienen
en jugar á los naipes con fé llana;
mas pierden todos cuanto á mano tienen
y el hábil preceptor es el que gana.
Parlero, decidor, chistoso y diestro
á malas artes con doblez se entrega,
y caudales hacina el tal maestro
de los ricos hidalgos con quien juega.
Hace un año que Isidra, sin quebranto,
ve que halagan y adoran su belleza,
y se dispone á celebrar su santo
con esplendor, con pompa y con grandeza.

Los bronces amontona y el topacio,
mármoles, luces, terciopelo y flores,
convirtiendo su célico palacio
en mágico vergel y edén de amores.

Muchos regalos tuvo la señora,
muchas misivas de cariño llenas,
y al llegar del festín la grata hora
entran los convidados por docenas.

La escalera cien siervos alumbraban,
delicado perfume se esparcía
y los más exigentes admiraban
tan ilusoria y plácida armonía.

Reina parece, Isidra, en lo adulada:
para nadie esa noche tiene enojos
y todos se disputan la mirada
de los soles que Dios le dió por ojos.

Y apurando su dicha no comprende
que en su natal y triste aniversario
por fatídico azar, que nadie entiende,
algo le ha de ocurrir extraordinario.

De las arpas el eco melodioso
en las estancias repercute y suena
hasta que en pos del baile bullicioso
llega la rica y abundante cena.

. . . . . .

De beber al maestro ofrecen todos,
con objeto pueril ó fin siniestro,
y aunque escancian algunos ya beodos,
quien lo está por demás es el maestro.

Balbuciente, sin tino, desgreñado,
entre burlas y aplausos, el beodo
se levanta con rostro amoratado
y se pone á brindar de este vil modo.

Por vuestra mitología,
ó religión embustera,
y por vuestro Papa-moscas
y la católica Iglesia,
con su misa, ó pantomima,
y su confesion secreta;
sus ministros celibatos
y temporales riquezas,
su purgatorio y su culto
á los santos de madera
y los diezmos y primicias
que sus preceptos encierran,
á más del nécio sufrágio
por las ánimas que penan.
Y brindo por vuestro Dios,
por que es un Dios de comedias,
que al hombre forma á su imagen,
con su falsa omnipotencia,
y luego lo mortifica
con trabajos y flaquezas,
teniendo despues que darle
de vuestras acciones cuenta.
La obra de vuestro Dios
es una obra imperfecta,
y un creador tan mezquino
en todas partes se encuentra.
El oxígeno del aire
quita ahora mismo la ciencia
y muertos, seres de Dios,
en el momento se quedan,
apareciendo otros seres,
compatibles con aquella
atmósfera que se forma
á virtud de mi esperiencia.

Con que el hombre es creador
como el Dios de vuestra Iglesia.

. . . . . .

Aquí el blasfemo se sintió embargado
por súbito y letal padecimiento,
exánime cayendo desplomado
sobre el duro y macizo pavimento.

Sangre arroja su boca á borbotones,
de apoplético ataque á la influencia,
descompuestas se miran sus facciones
y acaba su sufrir con la existencia.

Lo que pasó despues no es referible:
voces, sollozos, fugas, desconcierto,
y verse solas en angustia horrible
Isidra y la Rosaura con el muerto.

La justicia se incauta del difunto,
estrañando le preste su servicio,
intrusándose audaz en el asunto,
el secreto poder del *Santo Oficio*.

Solo resulta cierto y comprobado
que á fin de que sirviera de escarmiento,
el cuerpo del herege fué quemado
sus cenizas volándolas el viento.

Y se dictó además auto imperante,
por causas que no están justificadas,
para que el ama y dueña en el instante
saliesen de Valencia desterradas.

Reprime, Isidra, ruboroso llanto:
vende los muebles, reparó la quilla
de su bajel; y oculta con el manto
al fin sale con rumbo hácia Sevilla.

Y ha acertado otra vez, sobre su suerte,
de la vieja del pueblo el pensamiento,
al ver que de los padres con la muerte
vino su milagroso nacimiento.

V.

Sevilla: reina del Bétis
y del Bétis la sultana,
cuya tierra prodigiosa
por lo feráz tiene fama,
y por fértil y fecunda
á los estraños encanta.
Sevilla: donde las flores,
con pródiga exhuberancia,
crecen y se multiplican
alfombrando la comarca
y embalsamando el ambiente
y esparciendo su fragancia.
Sevilla: cuyas mugeres
adunan belleza y gracia,
y con sus ojos ardientes
y sus mágicas palabras
al mismo amor dan lecciones
del fuego que hay en sus almas,
cuando acendrados afectos
sus sentimientos exaltan.
Sevilla: cuya cultura
á orgullo la tiene España,

donde el arte se recrea
en acrecentar sus galas,
y donde todos son vates,
que nombre en la historia alcanzan,
y pintores cuyo genio
la posteridad reclama.
Pues á Sevilla ha llegado
una misteriosa barca;
cuya dueña es tan hermosa
y tiene tan bella cara
que asume la gentileza
de todas las sevillanas.
Isidra Lanzon y Uceda,
de Valencia desterrada,
es la preciosa beldad
que en Sevilla toma casa,
para tormento de hidalgos
y emulacion de las damas.

. . . . . .

Por reina de la hermosura
al momento es aclamada
por los mozos que á hurtadillas
han podido contemplarla;
por que como se presenta
tan pudorosa y tan casta
y sus cristianas costumbres
suelen ser tan recatadas,
yendo á misa solamente
y de la misa á su casa,
de su belleza el renombre
por costumbre se proclama.
A la sazon existia
en Sevilla la afamada
un hidalgo que Marcelo

de la Milla se llamaba;
y aun cuando joven ya en Flandes,
con su vencedora espada,
muchos honrosos laureles
se trajo para su pátria.
Por buen mozo y por discreto
sus bondadosas paisanas
le tienen, sin que ninguna
afirme que es inesacta
opinion que espresa el gusto
de las lindas sevillanas.
Pero Marcelo no piensa
en amorosas jornadas,
engreido en el cariño
que profesa á su monarca
y en los bélicos combates
de sus sangrientas campañas.
Mas como Cupido es ciego
y cuando tropieza clava
de su flecha el dardo cierto
en el centro de las almas
y de amar una vez sola
mortal ninguno se escapa,
D. Marcelo de la Milla,
apesar de sus batallas,
escepcionarse no puede
de la condicion humana.
De la Iglesia sale un dia,
con apostura gallarda,
y al tomar agua bendita
le sorprende una tapada:
se miran, se sobrecogen,
Marcelo le ofrece el agua,
ella la acepta gustosa,

quedan las manos cruzadas
de ambos á dos y sus pechos
sienten pasion tan estraña,
que por secretos impulsos
ya unidas están sus almas.
Era Isidra, cuyo rostro
mas embellecen las gasas,
caprichosas y ondulantes,
que la adornan y recatan.
No hablaron y se entendieron,
que los corazones hablan
por conducto de los ojos,
con elocuencia sobrada,
cuando el afecto veráz
los domina y avasalla.
Al fin, por respeto al templo,
con tristeza se separan,
entre suspiros internos
y cariñosas miradas
que amor acendrado y firme
profánamente delatan.
Mas de su objeto adorado
cada cual la imagen grava
en la fantástica mente
por la ilusion exaltada,
y ni duermen, ni sosiegan,
ni reposan, ni descansan,
hasta que tornan á verse
y tropiezan sus miradas
ardorosas como el fuego,
límpidas como las áuras,
como el imán atractivas
y como la dicha blandas.
Detrás de aquellos encuentros

las citas no se retardan,
con sus plácidos deliquios,
sus deleitosas palabras,
su célico arrobamiento,
sus frases enamoradas
y su mundo de ilusiones
y su cielo de esperanzas.

Y tras los tiernos colóquios
las visitas deseadas,
con sus galantes ofertas
y sus convites sin tasa,
donde en lugar de manjares
la pareja electrizada
suele comer juramentos
y protestas de constancia
y pueriles inocencias
y penetrantes miradas.

En fin, loco D. Marcelo
y loca tambien su dama,
á impulsos de la pasion
que por igual los embarga,
abandonan sus quehaceres,
con indolencia insensata,
y en pláticas amorosas
las noches enteras pasan,
hasta que viene á sacarlos
del letargo en que se hallan
el crepuscular destello
precursor de la mañana.

Ni Abelardo y Eloísa,
ni Marco Antonio y Cleopatra,
ni Fornarina y Urbino,
ni D. Rodrigo y la Cáva,

ni el Dante y su Beatriz,
ni la Laura y su Petrarca
es posible que sintieran
pasion tan desordenada,
cual la que á Isidra y Marcelo
sojuzga, subyuga y manda.

VI.

Nadie su espíritu asombre
si consigno esta verdad:
cualquiera muger sin nombre,
es niño convierte al hombre
de mayor austeridad.

Ejemplos la historia lega
y desde el siervo al señor
con todos la muger juega,
que hasta el tigre se doblega
ante la ley del amor.

El autor á Don Marcelo
le consagra esta opinion,
como caprichoso anhelo,
y torna á seguir su vuelo
la suspensa tradicion.

Ya de nuevo los amantes
otra vez juntos están
y aunque siguen delirantes
no son ya tan humeantes
las lavas de su volcan.

En la pristina impresion
no hay tiempo de vacilar;

mas luego la reflexion
descubre que el corazon
nos ha podido engañar.
Isidra, niña ilustrada
y de corazon estrecho,
por más que está enamorada,
una pasion dilatada
no cabe en pequeño pecho.
Y aunque el alma de Marcelo
es mas ancha en puridad,
ya le causa algun desvelo
el incipiente recelo
que le inspira su beldad.
Metámonos á curiosos
que nos importa saber,
por sus coloquios dudosos,
si ya se encuentran celosos
ó en la firmeza de ayer.
Venga el lector al instante
si los pretende escuchar,
porque ya el inquieto amante
con acento vacilante
comienza ingenioso á hablar.

MARCELO. Te lo dige: esa pasion,
súbita y de tanto arrojo,
no es más que erótico antojo
y pasagera ilusion.
Asi fué: la vi cruzar
por tu corazon aleve,
cual pasa la estela leve
que deja el barco en el mar.
Tus afectos inconstantes
solicitan orgullosos,
vasallos en vez de esposos

y esclavos en vez de amantes.
Tu cariño esclusivista
y tu engañosa amistad
es fruto de vanidad
y de amor propio egoista.
Por eso cuando tu vida
el orgullo satisface,
tu cariño se deshace
cual nieve que el sol liquida.
Loco fuí: la decepcion
vino á estinguir mi ventura:
¿por qué darán hermosura
á un cuerpo sin corazon?

ISIDRA. Ingrato, que duelos dás
y me ofendes altanero,
por que sabes que te quiero
mas que tú, Marcelo....

MARCELO. ¿Mas?

ISIDRA. Si, la pasion insensata
que mi espíritu estremece
es beleño que adormece
y tósigo que me mata.
Dolencia sin curacion,
tirano poder que amarra,
rayo que quema y desgarra
el alma y el corazon.

MARCELO. Dicen que en la adulacion
buscas de tu encanto el fruto.

ISIDRA. No mendigo ese tributo;
me basta con mi pasion.

MARCELO. Que tu loca vanidad
hasta el sacrificio llega,

si alguno no se doblega
á tu célica beldad.
Y que cuando ya aprisionas
al altivo adorador,
tu falso y fingido amor
por nuevo antojo abandonas.

ISIDRA. La culpa, Marcelo, es mia,
que te conté mi pasado
y en él su insulto ha basado
tu poco noble osadia.
Es verdad que no he tenido
por los amores afanes
y que todos los galanes
de diversion me han servido.
Y ojalá que mi existencia
á su pasado volviera,
para no estár prisionera
de tu bellaca demencia.
Bien purga mi corazon
lo que imprudente no escondes,
con lo mal que correspondes
á mi ardorosa pasion.

MARCELO. Si á mengua tengo y mancilla
que con labio maldiciente
murmuren de tu presente
los hidalgos de Sevilla.
Si de la vida que tienes,
pérfida, me dán señales

ISIDRA. Envidia de tus rivales
á cambio de mis desdenes.

MARCELO. Si las damas de tu honor,
Isidra, me hacen dudar,

ISIDRA. Porque me quieren robar
de mi Marcelo el amor.

MARCELO. Si te entregué el corazon
y me haces vivir sin calma.
ISIDRA. Yo te he entregado mi alma
sin ninguna condicion.
MARCELO. Si aseguran que en tu hogar
entra otro hidalgo á deshora.
ISIDRA. Alguna lengua traidora
que nos quiere divorciar.
MARCELO. Confiesa tu desvarío
y te perdono halagüeño.
ISIDRA. Que tú solo eres el dueño
de mi amoroso albedrío.
MARCELO. Isidra: por Dios bendito
no comprometas tu suerte,
mira que la horrenda muerte
responde de tu delito.
ISIDRA. Antes que verte inconstante
y desdeñoso y grosero,
que me matáras prefiero
en este propicio instante.
MARCELO. ¡Isidra!
ISIDRA. Marcelo amigo;
no escuches nunca inocente
la calumnia impertinente
del alevoso enemigo
MARCELO. ¿Me juras que no hás pecado?
ISIDRA. Contigo por lo perjuro;
y siento que estés tan duro
recordando mi pasado.
MARGELO. Tu presente es mi desvelo.
ISIDRA. Mi presente es inocente
y no tiene más presente
que á su adorado Marcelo.
MARCELO. ¿Afirmas que injurias son?

ISIDRA. Con la vida.
MARCELO. Esa te quito
al comprobar el delito
de tu liviana traicion.
ISIDRA. Si tan solo tu mirada
produjo amor en mi pecho,
¿cómo mi dicha desecho
por mi tristeza pasada?
MARCELO. Los celos rabiosos son
de mi actitud el desvelo.
ISIDRA. De su Desdémona Otelo
los mostraba sin razon.
MARCELO Isidra: por caridad:
si soy noble y soy tu amado,
que no aparezca humillado
por tu loca liviandad.
ISIDRA. Deja tu ceño iracundo
y á Isidra torna á adorar,
que yo ya no puedo amar
á ningun hombre del mundo.
MARCELO ¿Tanto me quieres?
ISIDRA. Ingrato:
con mi sangre, con mi vida,
con ánsia jamás sentida
y con febril arrebato.
MARCELO. No abuses de mi pasion.
ISIDRA. Si te adoro y te venero,
y te idolatro, y te quiero,
¿qué ha de hacer mi corazon?
Deja tu necia porfia
y que envidiosa malicia
no turbe nuestra delicia.
¿Quiéres cenar vida mia?
MARCELO. Isidra: ¿vás á ser buena?

ISIDRA. Cuento de nunca acabar.
¡No vuelvas á delirar!
Rosaura: dispon la cena.
Con que, lector, á marchar,
que no estamos convidados
y sin mucho averiguar
de su amoroso luchar
sabremos los resultados.

VII.

Del astro fulgurante y magestoso
la vespertina luz ya se escondia
y la noche su manto tenebroso
con lentitud armónica estendia.

Lanza al espacio superior fragancia
el cáliz de la flor reverdecido
y el dulce ruiseñor, con arrogancia,
aun canta al pié de su adorado nido.

Era noche de hermosa primavera,
de esas que encantos sin cesar ofrecen
y que tan solo en la region ibera
por célicas bondades aparecen.

Isidra con la dueña departia
en apartada y esplendente estancia
y Rosaura, medrosa, la decia
que auguraba mal fin á su inconstancia.

Más si es el caso, Isidra la responde,
que detrás del desliz se viene el duelo
y que en mi altivo pecho no se esconde
otro amor que el amor de mi Marcelo.

Si es que en la mente reina la impaciencia
y me conduce en pos de antojo artero:

si es que el error consumo, sin conciencia,
y despues me arrepiento y desespero.
Si es que caprichos la materia acrece,
con impudente y mundanal porfia,
y de poder mi espíritu carece
para atajar su loca tirania.
Y si es, Rosaura, que apenada muero
y mi desgracia insólita deploro,
al mirar que le falto y que le quiero,
que le soy desleal y que le adoro.
—D. Juan debe llegar, dice la dueña.
—Que no venga D. Juan, te lo prohibo.
—Si vé que ucé, señora, le desdeña
divulgará tal vez su amor furtivo.
—Es cierto que á vivir de sus favores
mis criminosos actos me conducen.
¡Unos cortos instantes pecadores
que luto tan eterno nos producen!
Mas hoy, Rosaura, védale la entrada,
porque sabes que es dia de mi santo
y siempre en esta fecha infortunada
acongoja mi pecho algun quebranto.
. . . . . .
Precipitadamente aquí acabóse
la corta y solitaria conferencia,
por que el D. Juan temido presentóse
sin anunciar siquiera su presencia.
Cual Marcelo D. Juan belleza ostenta
y apuesta y juvenil es su figura,
hidalga pluma en el castor presenta
y lujosa tizona en la cintura.
Mas aunque son los dos de buen talante,
de Marcelo el conjunto es atractivo,
mientras tiene D. Juan cierto semblante

que al mirarlo aparece repulsivo.

D. JUAN. Siento daros, señora, un desconsuelo.

ISIDRA. Avezada al dolor me tiene el hado.

D. JUAN. Por arte del demonio á D. Marcelo,
nuestra oculta amistad han revelado.
Huyámos esta noche de Sevilla.

ISIDRA. Más que nunca quedarme necesito,
que no puede lavarse mi mancilla
con la pérfida accion de otro delito.

D. JUAN. Aquí peligra su preciosa vida.

ISIDRA. Yo me he buscado tan funesta suerte.

D. JUAN. ¡Qué puede convertirse en homicida!

ISIDRA. Espiaré mi culpa con la muerte.

D. JUAN. ¿Y de nuestra ventura la esperanza?

ISIDRA. No recuerde, insensato, esa quimera,
que por lo nécia y vil olvido alcanza,
y tenga la bondad de salir fuera.

D. JUAN. ¿Con que aleve y falaz fingióme amores
y hoy me arroja á la calle con desvío?
¡Pues tiemble ante el furor de mis rencores.

ISIDRA. Sabiendo D. Marcelo mi estravio,
que es dueño de mi dicha y mi quebranto,
su rastrera venganza en poco aprecio.

D. JUAN. ¿Tanto amor os inspira?

ISIDRA. Tanto y tanto
como á vos por innoble menosprecio.

. . . . . .

La dueña que al acecho está con celo,
súbita anuncia, por el miedo yerta,
que con ligero paso D. Marcelo
avanza de la casa hácia la puerta.

Palidece D. Juan, piensa un momento,
al cabo decision su mente alcanza
y se oculta en contiguo apartamiento.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA BIBLIOTECA

aplazando, iracundo, su venganza.
Isidra queda vacilante y muda;
mira á Rosaura, que pavor ofrece;
sacude al cabo su punzante duda
y tranquilo su espíritu aparece.
Su faz de turbacion no dá señales
y en su conciencia se reprime el grito,
como los avezados criminales
que nunca manifiestan su delito.
Llega Marcelo, reprimiendo encono,
se sienta al lado de su Isidra artera
y con sentido y despechado tono
la empieza á interrogar de esta manera.

D. MARCELO. ¿Qué es la dama simulada
que engaña aleve y audaz?
ISIDRA. FALAZ.
D. MARCELO. ¿Y la que versátil piensa
una cosa á cada instante?
ISIDRA. INCONSTANTE.
D. MARCELO. ¿Y la que amor á los hombres
con sus miradas provoca?
ISIDRA. LOCA.
D. MARCELO. Dios ampare al pobre ser,
que iluso la dicha toca
del amoroso placer,
y se encuentra una muger
falaz, inconstante, loca.
D. MARCELO ¿Qué es la dama que practica
lo que la virtud ordena?
ISIDRA. BUENA.
D. MARCELO ¿Y la que nunca ejecuta
una accion cobarde y doble?
ISIDRA. NOBLE.
D. MARCELO. ¿Y la que olvida y no imita

traidora conducta odiosa?

ISIDRA. GENEROSA.

D. MARCELO. Si entre el amor y el placer
fortuna tan venturosa
puede gozar la muger,
¿por qué, Isidra, no ha de ser
buena, noble, generosa?

ISIDRA. Y yo digo que originan
esos mortales desvelos
TUS CELOS.
¿Son, acaso, cimentadas
las bases de tu opinion?

D. MARCELO. SON.

ISIDRA. ¿Y si tus sospechas vencen
incontrastables razones?

D. MARCELO. ¡ILUSIONES!

ISIDRA. Pues si afirmas y yo niego
y otras nuevas invenciones
tornan á ponerte ciego,
Marcelo, no me doblego,
tus celos son ilusiones.

D. MARCELO. De tu traicion afrentosa
muchos indicios me dán.

ISIDRA. ¿DÓNDE ESTÁN?

D. MARCELO. En tus actos sin recato
y en la conducta que llevas.

ISIDRA. LAS PRUEBAS.
Que las faltas que me imputas
son, por más que las destruyas,
TUYAS.

D. MARCELO. De tu valor espantado
me maravilla que arguyas.

ISIDRA. Si es mi proceder taimado
responde, Marcelo amado,

¿Dónde están las pruebas tuyas?
Mi Marcelo, mi consuelo:
¿por qué con rudos enojos
acrecentas mi desvelo,
cuándo no tengo otro cielo
que el de tus límpidos ojos?
¿No sabes que la impostura
de la envidia fementida
contra nosotros se apura,
por robarnos la ventura
á que el amor nos convida?

. . . . . .

Interrumpe, importuna, en este instante
de la dama faláz la triste lucha,
una tos vibradora y resonante
que en la vecina habitacion se escucha.
Como el eco denuncia impertinente
que es bronca tos de varonil garganta,
lleno Marcelo de furor ardiente
requiriendo la espada se levanta.
A Isidra la intimida su sonrojo
y acongojada llora y desfallece,
cuando, con faz que ostenta carmin rojo,
grave D. Juan y trémulo aparece.

D. MARCELO. ¿Es el noble D. Juan?
D. JUAN. Yó, D. Marcelo.
D. MARCELO. Pues lo siento por vos si á tanto llega,
que no es amigo el que nos causa duelo
y á burla indigna la traicion agrega.
D. JUAN. Resistíme, luché, no fuí prudente
y al fin al mal me provocó la artera.
D. MARCELO Callad, D. Juan: que tan cobardemente
no se paga el favor de la ramera.
D. JUAN. Hidálgo como vos, si no os escedo,

de mi accion os daré cumplida cuenta.

D. MARCELO. Vamos al punto, que vivir no puedo
con el peso humillante de mi afrenta.

D. JUAN. Si con horca se pena al homicida
salvar al vivo la prudencia advierte.

D. MARCELO. Pues á escribir, D. Juan, que de la vida
por cansancio fatal nos dámos muerte.

. . . . . .

De una mesa de cedro nacarado
toman pluma y papel los dos rivales,
y sin sentarse, anotan lo acordado,
de sorda agitacion dando señales.
Guarda D. Juan su escrito diligente,
arrogante lo imita D. Marcelo
y su paso detiene inútilmente
la dama que se arrastra por el suelo.
—Perdon, perdon, repite en su arrebato.
—Hasta la eternidad, responde Milla;
y agradece infeliz que no te mato
por que hasta indigno de ello es tu mancilla.
Y empujando violento á la cuitada
salen ámbos galanes con presteza,
mientras Isidra, loca y desolada,
golpea contra el mármol su cabeza.
Rosaura acude presurosamente
á los gritos horrendos de la dama,
y ante escena tan trágica y doliente
entre medrosa y agorera esclama.
¡Bien mi pobre señora presentía
la grande pena que su pecho abrasa,
que de su santo el tenebroso dia
acumula desdichas á esta casa!

VIII.

En vano son los consuelos
de la atribulada dueña,
en vano sus reflexiones
y en vano sus frases tiernas,
por que Isidra ensimismada,
ni la escucha ni la observa,
con el dolor que la abruma
y con sollozos espresa.

Sus músculos convulsivos
el volúmen acrecentan;
sus ojos se desencajan,
arde la sangre en sus venas
y fiebre desesperada
de su cuerpo se apodera.

De pronto se alza del suelo,
dominando su flaqueza;
del rostro cuya hermosura
ha agigantado la pena
con sus torneados dedos
separa de oro las hebras
que por cabellos adornan
su modelada cabeza;

y con la firme actitud
del que solucion encuentra
á proyectos arriesgados
ó difíciles problemas,
abandona la mansion
de tan tétricas escenas
y sola con su dolor
en su aposento se encierra.

De cristal pulimentado,
en urna de obra maestra,
hay de alabastro una imágen
que á la Virgen representa.

Era la Virgen de Gracia
que dulce, riente y bella
al Redentor enseñaba
en su infantil primavera.

La madre y el niño son
dos esculturas tan buenas
y tal atraccion producen
y tal santidad revelan
y tanto á orar nos convidan
y tanta uncion manifiestan,
que quien las mira una vez
cristianamente le reza

Y á Isidra que la enseñaron
en sus edades primeras,
á amar con fé religiosa
la Virgen de Gracia exelsa,
siempre consigo ha llevado,
con ferviente diligencia,
á la Reina de los Cielos
que sin ficciones venera,
y ante cuyos pies sagrados

hoy de nuevo se prosterna,
implorando su favor
de la siguiente manera.
Salvadlo, Señora,
salvad á Marcelo
que no hay en el suelo
tan noble mortal.
Salvadlo y á cambio
que venga en seguida,
el fin de mi vida
por ser criminal.
Mi amado atraviesa
peligro inminente
y siendo inocente
no debe morir.
Yo soy la culpable
y en vano se inmola,
la pena yo sola
merezco sufrir.
Mis bienes, mis joyas,
mi afecto, mi encanto,
mi risa y mi llanto
serán para vos.
Dejadlo con vida,
libradlo de daños
y acabo mis años
en honra de Dios.
Escuche clemente
mis preces leales
y otorgue á mis males
benigna piedad.
Sin deudos ni amigos
no tiene más guía
que vos, Madre mia,

mi gran soledad.
Divina Señora,
augusta y bendita,
acorra mi cuita,
mi acerba afliccion.
Por ese Dios hombre
que en brazos teneis
imploro me deis
amparo y perdon.
Contrita os suplico
que viva Marcelo
y acabe el desvelo
de mi hondo penar.
Por vuestras angustias,
por vuestros amores,
por vuestros dolores
y enorme pesar.
Diadema dorada
tendrá vuestra frente
y luz permanente
gozosa os pondré.
De dia y de noche,
sin bajas falacias,
á daros las gracias,
Señora, vendré.
Purisima Madre,
mi Virgen querida,
su sangre y su vida
Isidra os dará.
Salvad á Marcelo
que el alma lo adora
y eterno, Señora,
mi afecto será.
. . . . . .

A su plegaria dió fin
la contrita penitenta
y aun de hinojos sigue humilde
al pié de la imágen leda,
cuyos ojos compasivos
parece que la contemplan;
y lágrimas tan constantes
por su rostro se despeñan,
que manchan la vestidura
de terciopelo que lleva
y el pavimento rocian
con abundosa insistencia.
Mentales deprecaciones,
entre suspiros eleva,
pidiendo la intercesion
de la imágen á quien ruega,
como término al afan
que su pecho esperimenta.
Y tras su larga oracion,
sus pecadoras enmiendas,
sus espansiones veraces
y sus cristianas protestas,
más resignada resulta
del dolor que la atormenta.
que males comunicados
mitigan la fortaleza.
Al cabo de pié se pone,
cruza sus manos pequeñas,
mira de nuevo á la imagen,
con penetrante figeza,
inclina su airoso cuerpo,
en señal de reverencia,
abre para dar entrada
á la sorprendida dueña

y ostentando mansedumbre
y religiosa prudencia,
por su mandato Rosaura
á desnudarla se presta,
después de haber descorrido
el cortinage de seda
que el blando lecho de plumas
lujosamente ornamenta.
Menospreciando la dama
los servicios de la dueña,
su cabello perfumado
indiferente destrenza,
rodando ondulante y luengo
por sus espaldas esbeltas.
Con prontitud se despoja
de diamantes y de perlas
sin reparar si se caen
ó en los estuches las deja,
y calzado y vestidura
mas bien arranca que suelta;
por que tan grande ansiedad
al reposo la condena,
que por acostarse pronto
torpe aparece la dueña
para que de sus adornos
esteriores se desprenda
con la prisa inusitada
que quiere la dama inquieta.
Ya en el lecho, con voz debil,
á Rosaura manifiesta
que hasta el dia, por lo menos,
á su lado permanezca,
á causa de la pavura
medrosa que esperimenta.

Lágrimas ensangrentadas
por su faz de nuevo ruedan,
en tributo á la memoria
del que amorosa recuerda;
luego á sus rezos cristianos,
cual de costumbre se entrega,
y aun cuando con voluntad
sus ojos hermosos cierra,
el espíritu rebelde
predomina á la materia
y se opone á que Morfeo
repare grato las fuerzas
que lucha por recobrar
Isidra Lanzon y Uceda.

IX.

No halla la triste beleño
á su reposo accesible,
que insômnio perturba horrible
el dulce y plácido sueño.
Muda actitudes, nerviosa,
sobre el descompuesto lecho,
y lanza su herido pecho
respiracion fatigosa.

Con cerebro perturbado
mira el cuerpo de su amante
unas veces, rezagante,
y otras, cadáver helado.
La sed su garganta abrasa,
con sofocante martirio,
y de delirio en delirio
entera la noche pasa.

Sus negras sombras espanta
crepúsculo refulgente
y á la cuitada durmiente
aun el desvelo quebranta,
Las aves sus bellos trinos,
volando alegres entonan,

y su pereza abandonan
los soñolientos vecinos.
Sus apéros de labranza
dispone el agricultor
y ufano el cán corredor
festivos ladridos lanza.
Se abre puerta sobre puerta,
cada cual busca su oficio
y da principio el bullicio
de una poblacion despierta.
Se sobresalta la dama
con el rumor desusado
que el eco conduce osado
desde la calle á su cama.
Y como terca se empeña
por descubrir lo que pasa,
ya ha salido de la casa
para saberlo la dueña.
Pronto vuelve y sobre el hecho
manifiesta sin afan:
—dicen que ha muerto D. Juan
de una estocada en el pecho.
—¿Y Marcelo? Isidra insiste,
¿Y mi Marcelo adorado?
¡Dime lo qué le ha pasado!
¡Por Dios, afirma que existe!
Mas no: que pone el anhelo
nuestra mente en desconcierto,
porque si Don Juan ha muerto
debe vivir mi Marcelo.
Esto dice y placentera
su desnudez no medita
y á los pies se precipita
de la imágen que venera.

La dueña más recatada
al cabo á la dama viste,
que parece menos triste
y menos acongojada.
Solicita otra sirvienta
licencia ceremoniosa
y en bandeja primorosa
un escrito la presenta.
Isidra impaciencia tiene,
el sobreescrito desgarra,
y ansiosa la carta agarra
que estas palabras contiene.

«Los ojos deslumbradores
del angel de tentacion
disiparon mis dolores
y una atmósfera de amores
ensancha mi corazon.
Ser dueño de la hermosura
de arrobadora muger
es aquí, en la tierra impura,
la mas completa ventura
que el hombre puede obtener.
Enagenado y demente
de amor un cielo soñé
y al despertar imprudente
ya era víctima inocente
de la que tanto adoré.
Tarde comprendí la insidia
de tu aleve corazon,
que agena bondad envidia,
y una criminal perfidia
fué mi postrer decepcion.
Venganza el alma respira

y contengo su rigor,
que el hombre que no delira
noble y compasivo mira
á quien consagra su amor.
El pecho me has lacerado.
¡Adios, por siempre, muger!
Vi tu perjurio, asombrado,
y un abismo has colocado
entre mi ser y tu ser.
De puro amor fiel indicio
te ha dado mi corazon,
al consagrarte el suplicio
de arrostrar el sacrificio
de mi propia humillacion.
No preguntes que tormentos
tu pecho fatal oprimen
en los mas dulces momentos,
por que son remordimientos
que siempre nos lega el crimen.
¡Adios, ingrata hermosura
en quien mi dicha cifré;
olvida mi desventura,
que muger que fué perjura
á amarla no volveré!
Torna á tu loco pasado
y pón de tu triunfo en pos
otro pecho triturado
y un alma que no has robado
por ser las almas de Dios.
Tu belleza repugnante
inclina pérfida al mal
y tu pasion denigrante
al necio y cándido amante
lo convierte en criminal.

Espiaré resignado
faltas de mundana vida,
que me arrepiento indignado
tanto de haberte adorado
como de ser homicida.
¡Adios, inicua beldad!
y con mofa ó con desvelo
oye mi postrer verdad:
tan solo en la Eternidad
has de ver á D. Marcelo

X.

Del escrito fatal con la lectura
la desdichada Isidra consumó
el cáliz del dolor y la amargura,
y ótra vez su tristura
al lastimero llanto se entregó.

Con mano temblorosa y agitada
el escrito se puso á contestar,
cuya respuesta en lágrimas bañada
la dueña conturbada
al amante la lleva sin tardar.

De su casa las puertas y balcones
nuestra dueña cerradas encontró
y sus cortas y escasas ilusiones,
con tales impresiones,
la consternada Isidra destruyó.

Precipitado el tiempo transcurria,
aunque para la dama es eternal,
y el ausente Marcelo no volvia,
ni ninguno sabia
dár de su paradero la señal.

De su mente, cual siempre, el raudo vuelo
el fantástico pueblo remontó

y al cabo se susurra que Marcelo
al estrangero suelo
su planta misteriosa dirigió.
El delirante y rudo descousuelo,
hasta el colmo la dama vé llegar
cuando en los hechos funda su recelo
de que ya á D. Marcelo
no hay esperanza de volverlo á hallar.
Otro golpe funesto y desastroso
su lacerado pecho va á sufrir,
que ocurre que el que mata criminoso,
con el hierro alevoso,
con el hierro alevoso ha de morir.
Sobre el undoso Bétis sostenia
su ligero y magnífico bajel:
pero la sin ventura no sabia
su furtiva franquia
ni el rumbo que le diera el timonél.
La infelice por fin ha deplorado
de la proterva dueña la traicion,
que alhajas y dinero le ha robado
y luego se ha embarcado
del gallardo bajel con el patrón.
La robada el pesar no disimula
que le causa un recuerdo torcedor,
y por darlo al olvido se estimula,
ante el mal que acumula
el lúgubre destino á su dolor.
La abate y mata, con poder tirano,
su espantosa y horrible soledad,
y anhelante se acoge á un Arcediano
que, humildoso y cristiano,
consagra su existencia á la piedád
El viejo sacerdote la consuela,

con dulce y bondadosa compasion,
y la duda al saber que la desvela
al cabo le revela
de Marcelo la sacra solucion.
Por el Santo Pontífice amparado
el voto jura al fin sacerdotal,
de sus culpas mundanas perdonado,
y á la Iglesia ha donado
su cuantioso y espléndido caudal.
Y de tan gran virtud se encuentra uncido
y es tan santa y leal su vocacion,
que por el mismo Papa distinguido
de Roma ya ha salido
para lejanas tierras en mision.
La justicia entre tanto diligente
en Cadiz á Rosaura aprisionó,
y seguido el proceso competente
la pobre delicuente
su existencia en galeras acabó.
A Isidra le remuerde su pasado
y á su amante ganosa de imitar,
decidida se inclina á lo sagrado
y en claustro retirado
quiere la amarga vida terminar.
Benigno el Arcediano la perdona,
luego que arrepentida se mostró,
y para cierta y especial persona,
que vive en Barcelona,
un pliego reservado la entregó.
Por evitar del vulgo la malicia
rápido y pronto su viage fué,
y tanto corre en pós de su delicia
que de alegre novicia
ya en Convento de monjas se le vé.

Pasa el tiempo á la duda consagrado
y en coche, Isidra, el pueblo recorrió,
por costumbre que tiene el noviciado,
y el pueblo entusiasmado
su célica belleza comentó.

Con aparato y pompa magestosa
se celebra la santa profesion;
y maravilla la novicia hermosa,
por lo leda y gozosa
con que muestra su casta vocacion.

Olvidada del mundo y su quimera
al servicio de Dios se consagró,
y envidia causa su virtud sincera,
y su conducta austera
y lo humilde que siempre obedeció.

En su modesta celda recatada
nunca al jardin con las hermanas vá,
que ante imágen, con lujo ornamentada,
rezando arrodillada
más divertida y deleitosa está.

Es la Virgen de Gracia peregrina,
la misma que en el mundo veneró,
y que siempre á su lado la avecina,
y que siempre divina
sus mundános dolores mitigó.

Mas sor Isidra con oculto anhelo
perseverante ruego ha de tener,
que aquel que ha sido en el profano suelo
su adorado Marcelo,
antes de que fallezca quiere ver.

Para asistir al coro es la primera;
riñas á las que duermen evitó,
pues hace de organista y de tornera
y á toda compañera

con su noble conducta cautivó.
El cargo de Abadesa ó de Prelada
deja la triste muerte en horfandad
y sor Isidra al punto es proclamada
abadesa estimada
por toda la feliz Comunidad.
Pero aunque Isidra con placer sonria,
gratitud demostrándo á tal favor,
y á las madres dedique su alegria,
no hay miedo que se engria
con su envidiable y orgulloso honor.
De fraternal y plácida manera
su autoridad benéfica ejerció
y dulce, laboriosa y lisongera,
como monja cualquiera,
en el Convento místico se vió.
Solo muestra en la celda algun desvelo,
cuando nadie lo puede presenciar,
pidiéndole á la Virgen el consuelo
de ver á su Marcelo
siquiera en el momento de espirar.
Y tan constante y terca es la mania
y tan honda y profunda su afliccion,
que en triste noche y en alegre dia
á la Virgen Maria
tiene siempre la misma invocacion.

XI.

Cinco lustros han pasado
de aquella noche notoria
en que un galan fué burlado
y aun vive quien ha guardado
el suceso en su memoria.
Por si alguno la ha perdido
es bueno, lector atento,
repetir lo acontecido
y la suerte que han tenido
los personages del cuento.
Paga D. Juan con la vida
su aleve y traidora accion,
pasando por suicida,
cuando una espada homicida
le atraviesa el corazon.
Así lo confiesa el muerto,
en carta que oculta lleva,
y el Juez lo tiene por cierto,
que de la parte el aserto
economiza la prueba.
Rosaura tambien espía,
con roedora conciencia,

en galeras su falsia,
do fina la muerte impia
tan criminal existencia.
Se sabe que D. Marcelo
acude á la religion,
buscando á su mal consuelo,
y que parte á ignoto suelo
en católica mision.
Isidra ferviente apura
su voto de castidad
y su cristiana clausura,
siendo el orgullo y ventura
del Convento y la Hermandad.
Por Barcelona ya corre
la fama de la Priora,
que la pobreza socorre,
la agena desgracia acorre
y estraños males deplora.
Recoletas y calzadas
dicen todas, sin lisonjas
ni envidias desesperadas,
que es modelo de Preladas
y que es dechado de monjas.
Tan digno comportamiento
observa Isidra Lanzon
en su apacible Convento,
que merece acatamiento
de monjas y poblacion.
Pero la dicha que espresa
en lo esterior se ha quedado,
que el pecho de la abadesa
ó se agita ó se embelesa
con recuerdos del pasado.
En lo que guarda eficacia,

con religioso fervor,
es en pedir, sin falacia,
á nuestra Virgen de Gracia
un cotidiano favor.

Que ni el monástico celo,
ni el tiempo, que á olvido sabe,
le han mitigado el desvelo
de contemplar á Marcelo
antes que su vida acabe.

A las plantas de María
reza con recogimiento,
pero su eterna manía
ni de noche ni de día
aparta del pensamiento.

La paz que se nota encanta
en Convento y Hermandad,
que es la Abadesa una santa
y á las madres no quebranta
con su dulce autoridad.

Pero como en este suelo
presto la suerte se ausenta,
con su tranquilo consuelo,
un zozobrante desvelo
á las monjas atormenta.

Súbita y grave dolencia
á sor Isidra invadió,
con alarmante violencia,
y el pesar y la impaciencia
á sus hermanas llevó.

Todas, con nobles intentos,
cariñosas se desviven
por darla medicamentos
y observar los tratamientos
que los Galenos prescriben.

Si la calentura es alta,
toda la Hermandad lo siente
y se aflige y sobresalta,
y nunca una monja falta
del lado de la paciente.
En cámbio, si se aminora
de Isidra la enfermedad,
de gozo y contento llora
y reza y suplica y ora
la alegre Comunidad.
El portero en el Convento
la gran noticia pregona
que de oratoria un portento,
por su elocuencia y talento,
maravilla á Barcelona.
Al instante la ilusion
escita el mongil criterio,
y no acaba su gestion
hasta que el padre en cuestion
predica en su monasterio.
Y conturva otro pesar
de las madres la inocencia,
que al orador platicar
no puede Isidra escuchar
á causa de su dolencia.
Acabada la funcion
ascienden por la escalera
las monjas en confusion,
y á la Abadesa el sermon
refieren de esta manera.
—Una.—¡Madre, que divino!
—Otra.—¡Madre, que elocuente!
Es un padre capuchino
que encanta por lo ladino

y que cautiva al oyente.
—A Eva comienza á acusar
y á Dalila y á Sanson.
—¡Y que modo de pintar
la muger de Putiphar
y su perversa pasion!
—¡Al Patriarca bendito,
por lo casto y por lo fiel,
lo eleva hasta el infinito!
—¡Y como puso al maldito
populacho de Israel!
¿Y cuando la Magdalena?
¡Padre igual nunca se ha visto!
si afirmó que no condena
ni á la mala ni á la buena
el Divino Jesucristo!
—¡Si tiene arrepentimiento
la mala, dijo afligido!
—En fin, en este Convento
tan asombroso talento,
sor Isidra, no se ha oido.
El ronco esquilon reclama
á las monjas; y de priesa
el bando se desparrama,
quedando al pié de la cama
la que cuida á la Abadesa.
Ó el recuerdo del pasado,
ó la mongil confusion,
ó el sermon que le han contado,
á sor Isidra han causado
una profunda impresion.
La fiebre se acrecentaba,
grandes delirios tenia,
el pulso se aceleraba,

la sed su pecho abrasaba
y la cabeza le ardia.
Consternada la enfermera,
por tan triste gravedad,
lo trasmite plañidera
y congojosa y ligera
viene la Comunidad.
La Abadesa aletargada
no responde á sus clamores,
y aunque es hora desusada,
con diligencia estremada,
avisan á los doctores.
No se dejan esperar,
usando cortés finura,
y á la enferma, con pesar,
han mandado confesar
por que la muerte es segura.
Recetan cierta bebida,
reparadora al momento,
que causa aparente vida,
y la Prelada en seguida
recobra el conocimiento
Sor Cármen, que es la tornera,
en la médica opinion,
afligida,persevera;
mas la Abadesa altanera
se niega á la confesion.
Le propone á Fray Severo
y estima su ciencia en poco.
—¿Y Fray Juan y el padre Agüero
y D. Féliz?
— No los quiero.
—¿Y el Arcediano?
— Tampoco.

Ningun confesor sagrado
á la abadesa convino,
en su delirante estado,
y por fin se ha conformado
con el padre capuchino.

Se le llama diligente,
porque importa la eficacia,
y entretanto la paciente,
con actitud impaciente
mira á la Virgen de Gracia.

Y es que al ver que la dolencia
remonta su triste vuelo,
la devora la impaciencia
de morir sin la presencia
de su adorado Marcelo.

—Ya el padre está en el Convento,
dice la hermana Teresa,
y todas con sentimiento
del deber al cumplimiento
dejan sola á la Abadesa.

XII.

El capuchino austero y reverente
de la celda al dintel llega sumiso,
y con acento plácido y cadente
—Hermana, dijo; ¿me otorgais permiso?
Óye la voz, Isidra, y en la cama
se incorpora, con mágica energia,
contempla al padre y desgarrada exclama:
—¡Gracias, Señora! ¡Cracias, Madre mia!

Entre llanto y placer, pena y consuelo
voces de gratitud la enferma daba,
que el grave capuchino es D. Marcelo
á quien consigue ver como anhelaba.
A Isidra reconoce en la Abadesa
Fray Marcelo, que oculta su ansiedad,
y dice, dominando la sorpresa:
—¡Que se cumpla de Dios la voluntad!

Mas dispuesto á llenar su cometido
de Isidra al lado varonil se sienta,
que con cristiano esfuerzo ha contenido
la letal impresion que esperimenta.
De ámbos rostros el tiempo ha marchitado
el vigor juvenil y la tersura;

pero en ellos incólume ha dejado
el pristino esplendor de su hermosura
El padre Fray Marcelo es el modelo
del que á Isidra de amores requeria:
la Abadesa la misma que á Marcelo
en Sevilla engañaba y preferia.
Mientras el capuchino la miraba
sereno, al parecer, y silencioso,
sor Isidra febril lo contemplaba
con ademán estático y nervioso.
El padre sigue recatado y mudo,
cuando vé que la enferma se le arroja
y del capucho pardo y puntiagudo
con demente arrebato lo despoja.
Descubierta del padre la cabeza
el propio D. Marcelo ha aparecido,
con su misma gallarda gentileza
y la barba que el tiempo ha encanecido.
—Perdóname, Marcelo, la Prelada
repite con acento de dolor.
—En el nombre del Cielo perdonada
quedas por el Ministro del Señor.
—Tu perdon corporal: manché tu nombre
y del hombre perdon mi alma ambiciona.
—El que pecó en el mundo como hombre,
veraz tambien, Isidra, te perdona.
—Perdonada por tí y en tu presencia
gozosa espero la temida muerte,
ya que la bondadosa Providencia
me ha distinguido con tan grande suerte.
Con la sangre agolpada á la cabeza
pierde la monja su cristiano tino
y sin saber si es casta su flaqueza,
besa febril la mano al capuchino.

—Vámos, Isidra, el padre repetia,
mal escondiendo su dolor profundo,
que ya el profano y criminoso dia
pasó para nosotros en el mundo.
La ambicion, el honor y la avaricia
de la vida fugaz, toda es quimera,
y hay que pensar en la feliz delicia
de la existencia eterna y placentera.
—Siendo el alma de Dios, ninguna parte
para el ser terrenal yo le detanto;
mas como el cuerpo es tuyo, quiero darte
su último amor y su postrer aliento.
—Átomo y seres y materia y alma,
todo por Dios se desarrolla y crece,
y nadie puede dar en justa calma
lo que á Dios por completo pertenece.
—Pequé, me arrepentí y en la clausura
á la Virgen de Gracia le he rogado
esta inefable y celestial ventura
que su favor excelso me ha otorgado.
Por eso del Señor en los arcanos,
mi profana opinion se basa y funda,
al decir que estos cuerpos son hermanos
y al querer que su polvo se confunda.
—Isidra, por favor, la hora ha llegado
del cristiano y moral recogimiento;
si te has arrepentido del pasado
no vuelvas torpe al pecador intento.
—Quiero que mis cenizas terrenales
se mezclen con las tuyas algun dia.
—Deja, Isidra, caprichos mundanáles
—Es mi ruego postrero,
— ¡Que mania!
—No dés, Marcelo, á mi materia yerta

tan desdeñosa y triste despedida,
que pretendo trocar despues de muerta
en bien el mal que te causé en la vida.
¡Marcelo, por tu amor y mi vileza!
—Olvida pensamiento tan rastrero.
—¡Por mi traicion, Marcelo, y tu grandeza!
--Déjame, Isidra, que pecar no quiero.
—¡Por tu pasion!
— Pues bien, te lo prometo,
si lo quiere la sábia Providencia
y nuestro Padre Santo, á quien respeto,
tiene á bien concederme su licencia.
—Tu perdon otra vez, Marcelo amado,
si pronto he de gozar eternos bienes.
—Ya como sacerdote te lo he dado
y como pecador tambien lo tienes.
Pero es razon que la muger profana
medite en Dios y en sus virtudes altas
y que la sierva del Señor cristiana
el alma limpie de culpables faltas.
—Deja, Marcelo, á la muger malvada
que tan vil y falaz contigo anduvo,
consagrar á tus ojos su mirada
en prueba de un amor que á nadie tuvo.
Deja que acabe mi liviana guerra
mirándote hasta el fin de mi existencia,
como el único ser que ámo en la tierra
y como el solo juez de mi conciencia.
—No blasfemes, por Dios, calma el delirio
con que insultas los célicos placeres
y no con rudo y criminal martirio
faltes de tu clausura á los deberes.
—Fina, pues, la materia su destino,
con su fugaz y pérfida impudicia,

y entrego el alma al casto capuchino
que de Dios representa la justicia.

. . . . . .

Principia á confesarse la culpable
y la Iglesia es seguro que no cuenta,
sacerdóte mas digno y respetable
ni mas contrita y noble penitenta.
General debe ser, por lo que dura
y lo mucho que Isidra la dilata:
mas tan secretamente hablar procura
que hasta del eco fiel su voz recata.
Su confesion al fin ha terminado
la Abadesa seráfica y doliente
y el sacerdote, grave y mesurado,
su absolucion le otorga complaciente.
—Dichosa tu, le dice,que eres santa,
cual otra Magdalena arrepentida,
y que al ver tu virtud Dios te levanta
perdonando las culpas de tu vida.
Dichosa tu que cuando más acrece
del cuerpo y del espiritu la guerra,
tu alma el Señor benigno fortalece
y prefieres el Cielo por la tierra.
Y dichosa mil veces tu fé pura
y tu gran conversion perseverante,
que merecen del Cielo la ventura
y de la Gloria su favor constante.

. . . . . .

De sor Isidra en esto el mal se irrita;
vé la muerte venir con paso activo
y que su seno violento agita
el estertor morboso y convulsivo.
—Por tu bien rogaré,dice,en el Cielo,
si es que me ampara su poder divino:

mi cuerpo queda aquí para Marcelo,
eleve á Dios mi alma el capuchino.
Impulso agonizante la estremece,
á su imágen bendita reverencia,
su postrera mirada al padre ofrece
y la muerte arrebata su existencia.
. . . . . .
Conmovido de hinojos, Fray Marcelo,
el ánima de Isidra á Dios entrega,
y ante el cadáver muestra luengo duelo
por la inmensa afliccion que lo doblega.
La mortal despedida siempre es triste,
cuando el que parte afectos producia,
y ni el varon mas fuerte se resiste
la amargura á sufrir que nos envia.
Se arrodillan las monjas ante el lecho,
do el cadáver está de la Abadesa,
y con rezos y lágrimas su pecho
dolor delata y pesadumbre espresa.
Las esencias y flores amontonan,
levantan un altar bello y lujoso,
mortaja delicada confeccionan
y preparan entierro esplendoroso.
Y es raro que tambien el templo reza
de Isidra el santo labrador y afable,
que su vida se acaba como empieza
en fecha tan nefasta y memorable.
Estrecha fué la Iglesia del Convento,
del funeral de sor Isidra el dia,
para el cortejo tétrico y atento
que el Prelado con mitra presidia.
Como de véras la ciudad la adora,
por la sacra virtud que representa,
su falta el pobre desolado llora

y el hidalgo su pérdida lamenta.
Tiene incremento su pesar profundo
del canto funerario á la armonia,
que asemeja la voz del moribundo
é imita el estertor de la agonia.
No forma parte del lucido duelo
el padre confesor, escusas dando,
y en rincon solitario mira al Cielo
y reza y de rodillas sigue orando.
La ceremonia lúgubre y cristiana
con el entierro acaba del fragmento
de la que joven fué muger liviana
y ejemplo de virtud en el Convento.
Y se termina el llanto y la impaciencia,
que en este mundo falso y fementido,
los recuerdos fenecen con la ausencia
y el tiempo destructor enjendra olvido.

XIII.

Barcelona se desploma
sobre el padre capuchino,
y meditabundo toma
de la católica Roma
el codiciado camino.

So la losa do reposa,
sor Isidra antes rezó,
con mucha fé religiosa,
y la funeraria losa
el llanto la humedeció.

Como el tiempo despiadado
borra la frágil memoria,
cronicones del pasado
no existen que hayan guardado
noticias de nuestra historia.

Solo saben los más prestos,
por lo mucho que indagaron,
que con cristianos aprestos
de sor Isidra los restos
á Italia se los llevaron.

Y aqui termina la empresa
y del curioso el camino,

por que nadie nos espresa
la tumba de la Abadesa
ni el fin de su capuchino.
Mas vino cierto estrangero,
á la tradicion propicio
del poeta pueblo ibero,
y trajo, fiel ó embustero,
aqueste importante indicio.
Que en apartada Abadia,
del italiano suelo,
losa de mármol habia
con inscripcion que decia:
SOR ISIDRA Y FRAY MARCELO.

BIBLIOTECA DE LA HISTORIA

FIN.

SE VENDE

en CARMONA en la imprenta de Bernabé Fernández y en casa del editor D. Adolfo Vergara, calle Martin López núm. 16
al precio de DOS PESETAS
ejemplar.